

CELCIT. Dramática Latinoamericana 664

# EL YERNO

Patricia Suárez (Argentina)

*Para Claudio Aprile por haberme contado  
esta historia y por haberme confiado su amor*

## TIEMPO ACTUAL

### ESCENARIOS

Una casa en un barrio tranquilo de Buenos Aires.

La austera sala de un departamento en Buenos Aires.

Una casa en un campo de la provincia de Buenos Aires.

Nápoles en la post guerra.

### PERSONAJES

ANTONIO, 70-75 años

MARGA, la esposa. Una mujer mayor.

ORLANDO, el yerno

ROSITA, la hija

LA MADRE, BIMBA. Treinteañera

SANTOS, el hijo menor de Antonio

ARGENTINA, 45 años

*Nota: los personajes de Marga/Tina pueden ser doblados por la misma actriz en versión mayor/más joven; mientras que el de Rosita/Bimba, también puede hacerlo una misma actriz en su versión de muchacha joven de este tiempo y de madre joven en el Nápoles de la post guerra.*

## ACTO 1

### ESCENA 1

*Dormitorio ordenado, y que huele a alcohol puro, de ANTONIO, un hombre de unos 70 años está sentado en un sillón Berger. Lleva una bata y apoya los pies en un apoyapiés, que cubre con una manta escocesa. Está demacrado y le es costoso respirar. A su lado hay una bacinilla para escupir, pero no lo hace en toda la escena. Prefiere carraspear o*

*ahogarse. Mantiene la mayor cantidad de tiempo posible los ojos cerrados; eso lo ayuda a concentrarse.*

*Entra ORLANDO, su yerno, desbaratado de emoción se echa a sus pies, le toma la mano y la besa.*

ORLANDO

Papá, papá...

*Un tiempo.*

ANTONIO

¿Vos estás llorando, Orlando?

ORLANDO

*(Tragándose los mocos).* Papá...

ANTONIO

Mirá que estoy agonizando. No es que te voy a reclamar la deuda.

ORLANDO

Mire en lo que piensa, papá. ¡En la deuda! Piense en su salud, en cómo salir de esta...

Quién piensa en la deuda en este momento.

ANTONIO

Vos deberías estar pensando, no es moco de pavo la cifra que me debés.

ORLANDO

*(Cambia de actitud).* No puedo devolvérsela todavía.

ANTONIO

Ah, eso es otra cosa.

ORLANDO

Necesito un año más o...

ANTONIO

Un año más quiere decir que yo no voy a ver esa plata de vuelta. Y como la *contrata* fue entre vos y yo, vos me diste tu palabra, yo le di valor a la palabra que empeñaste y vos sin duda no le diste mucho valor a mi plata.

ORLANDO

¿Rosita se le quejó, papá? Yo no dejo que le falte nada a Rosita, la atiendo que es una reina. Preguntéle delante mío a ver qué le contesta. Noche por medio compro la comida en la rotisería y no la hago cocinar tanto para que no se canse y no se arruine las manos. Ella es coqueta de las manos, capaz que no le cuenta, papá. Tiene tres tubitos de crema por lo menos para las manos. El otro día la llevé al cine, vimos una película de amor, de esas que ella... Yo estoy dispuesto a llevarla más al cine, al teatro no, porque enseñan malas costumbres... Cada vez que tiene que salir, yo la llevo con el coche, la busco con el coche... Capaz eso, porque ella se cree que lo hago por control por saber adónde va y dónde anda y las amigas que tiene... Pero yo lo hago, papá, usted sabe por qué.

*Un tiempo.*

ANTONIO

¿Por qué?

ORLANDO

Porque cuando yo me casé con ella, usted, apenas bajadito del altar me dijo. Ahora, en tu vida es más importante mi hija que vos mismo. Vos tenés que vivir para ella; como yo me entere de lo contrario te hago dar una paliza por los hampones.

ANTONIO

¿Yo te dije eso?

ORLANDO

¿No se acuerda, papá? Había llovido y la mamá estaba contenta porque decía que la lluvia trae suerte en el matrimonio.

ANTONIO

Qué chasco se habrá llevado Marga.

ORLANDO

Fuimos felices, somos felices.

ANTONIO

No me diste un solo nieto.

ORLANDO

No quiere venir. Quedó en el cielo enredado entre las nubes. Pero yo le cumplo a Rosita, que me caiga el techo encima si miento. Yo tres noches a la semana, llueva o truene, le duela lo que le duela, le hago el amor. Ojo, que le respeto los dolores. Ella no se lo dirá, papá, por pudor. Pero llámela y que no me deje mentir.

ANTONIO

Como sea, Orlando. Yo no te llamé para eso.

ORLANDO

No voy a despedirme de usted, papá. No puedo.

*ORLANDO vuelve a llorar y le besa la mano.*

ANTONIO

Orlando, yo me voy a morir. Dejáte de payasadas y de besuquearme. Con los microbios que debés tener vos en la saliva me voy a morir antes de tiempo, de lo que me marcó el doctor.

ORLANDO

El doctor no sabe nada, papá. Cuando Rosita me dijo que en el hospital le asignaron este doctor nuevo para los últimos momentos, yo sabía que esto era un cuento de la obra social para quitarnos más plata. Don Antonio Clerici será atendido por un médico del dolor. Es todo lucro de la obra social, no le crea nada al doctor, papá. La gente parte al otro mundo, cuando Dios lo quiere. Dios determina lo que pasa con el cuerpo y con el alma.

ANTONIO

Dos días, tres días, capaz que hasta el jueves tengo de vida y me dijo el doctor que debo despedirme y decir todo aquello que tengo guardado en el pecho, para que pueda sentir alivio e irme en paz.

ORLANDO

*(Llorando entre conmovido y desesperado).* ¡Le voy a devolver la plata, papá! ¡Le juro que se la devuelvo!

ANTONIO

*Soldi, soldi.* No es por la plata que te llame.

ORLANDO

Déme un año, un año y medio que le juro que...

ANTONIO

Basta, Orlando.

ORLANDO

Pídame lo que quiera, papá. ¿Quiere que le prometa delante de doña Marga que le hago un hijo a la Rosita antes de fin de año? ¿Que si la Rosita no puede, voy y le adopto un nenito de Siria? Los sirios ofrecen que la gente que puede adopte a los hijos de ellos, para que no se mueran de hambre o los maten en la guerra, de un bombazo...

ANTONIO

Orlando, otra cosa te quiero pedir.

ORLANDO

Lo que sea, lo que sea.

ANTONIO

Dejame hablar.

ORLANDO

Sí, papá.

ANTONIO

Orlando, yo tengo una vida paralela.

*Un tiempo. A ORLANDO se le cae la cara de la impresión.*

ANTONIO

Supongo que ahora entendés para que te llamé.

ORLANDO

No mucho.

ANTONIO

Yo quiero que cuando yo ya no esté en este mundo, vos le digás a Rosita la verdad. Porque ella tiene que saber que yo tengo otra mujer, y ella tiene otros hermanos...

ORLANDO

¿La adoptaron a la Rosita?

ANTONIO

¿Qué? No, querido. Yo tengo otra familia, hace mucho que la tengo. No es una cosa de ahora, una calentura. Viene de hace tiempo esta historia y ella, Tina, pasó a ser mi familia también. Hay dos chicos en esa casa. Ella se llama Tina, Argentina, Porchia. Tengo dos hijos con ella, viven en Areco.

ORLANDO

Por ahí si pido un crédito le puedo devolver la plata antes del año.

ANTONIO

Oíme, vos tenés que decirle a Rosita que tiene otra familia.

ORLANDO

No sé, yo... Don Antonio, es un compromiso terrible el que me pone. Hace seis meses la Rosita me pidió el divorcio porque dice que no me aguanta. Yo ahora le voy con esto y directamente me saca a patadas en el culo de la casa. Acuérdese que la casa es suya, de usted, no mía y de Rosita. Me quedo sin techo por una cosa así.

ANTONIO

Vos le tenés que decir, Orlando. No seas cagón.

ORLANDO

Yo se la llamo y se lo dice usted. Si quiere yo me apersono en el momento de la revelación así ella no se le echa encima y lo mata. Tiene fuerza Rosita, a mí una vez que me agarró en un renuncio me dislocó el hombro de una piña. Pega con el puño cerrado la Rosita, ¿usted le enseñó a defenderse así?

ANTONIO

Es mi voluntad, Orlando. La tenés que cumplir.

ORLANDO

¿Dónde está escrito eso? Yo no lo firmé.

ANTONIO

Es un deber humano cumplir la última voluntad de un moribundo.

ORLANDO

Primera vez que escucho.

ANTONIO

Vos nunca viste en las películas que les preguntan a los condenados a muerte qué quieren comer la última noche, si quieren tomar champán francés, el de Viuda Cliquot que cuesta un ojo de la cara? Si ellos quieren, los carceleros van y le compran el champán. Estoy agitado, Orlando. *(Pausa)* Y los verdugos a los que van a fusilar, les ofrecen un cigarrillo...

ORLANDO

¿Usted quiere que le compre unos cigarrillos? Porque voy acá a la esquina, los traigo encanutados y le digo a doña Marga que no entre, que estamos hablando del testamento.

¿Quiere?

ANTONIO

*(Ahogado, tragándose la tos)*. No, qué cigarrillos.

ORLANDO

Habanos, no sé. Lo que quiera.

ANTONIO

Orlando, yo ya no puedo respirar.

ORLANDO

Es la enfermedad, papá.

ANTONIO

No puedo respirar porque me ahoga el secreto. Decile a Rosita que tiene hermanos, dos hermanos en Areco y que los tiene que conocer, los tiene que cuidar, que proteger, porque son chiquitos...

ORLANDO

¡Don Antonio, usted también! ¡Qué ganas! Con lo buena mujer que es doña Marga, hacerle una porquería así. Yo no lo quiero juzgar, papá, pero... ¡qué necesidad!

ANTONIO

¿Lo vas a hacer?

ORLANDO

Yo a la Rosita la quiero. No puedo...

ANTONIO

Prometéme. Nadie sabe lo que te acabo de confiar.

ORLANDO

Rosita no se lo va a tomar a bien.

ANTONIO

En el testamento te dejo la casa de Floresta. Ni siquiera menciono la deuda.

ORLANDO

*(Quebrado)*. Papá, papá...

ANTONIO

Pero te maldigo desde arriba sino le decís a Rosita.

ORLANDO

Está bien, papá.

ANTONIO

La *carcoma* te va a comer los cimientos de la casa de Floresta, se te va a caer en la cabeza y vas a morir aplastado. Y si sobrevivís, la cifra que me debés la vas a tener que usar todo en médicos del cráneo para que te lo emparchen por los ladrillos que te lo rompieron...

ORLANDO

Le voy a decir, papá. Pero no me deje la casa de Floresta, esa es suya. Déme un cheque, un cheque en blanco...

ANTONIO

Tenés que buscar la chequera, está en la cómoda...

*ORLANDO hace eso, busca, la encuentra, la lleva al suegro, el suegro firma.*

ANTONIO

¿Me puedo morir en paz?

ORLANDO

Sí. Quédese tranquilo.

ANTONIO

Bueno, andá y pedile a Marga que entre.

ORLANDO

¿Le va a decir a doña Marga también?

ANTONIO

No, le voy a pedir que me haga un revuelto Gramajo.

ORLANDO

Papá, con lo pesado que cae el revuelto...

ANTONIO

¿Y a vos qué te importa, si igual me voy a morir?

*Fin de Escena 2*

## ESCENA 2

*Mismo escenario. Por la puerta, sigilosa, entre vestida de luto entero la madre de ANTONIO. Es una mujer joven, de no más de 35 años.*

MADRE

¡Antonio!

ANTONIO

¡Ah, faltaba usted, mama!

MADRE

¡Marsala al huevo que todo lo curaba! ¡Pero! Venir y encontrarte así. Vos que eras tan saludable, cuando yo te crié. Lindo, porque yo te hice lindo, después te viniste así. Me da pena y me da rabia verte hecho una piltrafa. ¿Vos sabés lo que me costó tenerte, criarte? Te podía haber vendido a un americano... A ellos les gustaban los chicos napolitanos, los tenían de mascota. Pero yo no te vendí; cuando alguno venía y me decía: Bimba, qué hijo más lindo que tiene. ¿Cuánto pide por él? Mierda, les gritaba yo, no se los doy nada, me lo tienen que quitar si lo quieren. Por sobre mi cadáver me lo tienen que sacar. Y los soldados americanos decían: “Dejala a la Bimba que está rabiosa, capaz que está rabiosa y la habrá mordido un perro.” Y yo para hacerles rabiar a ellos, escupía espuma por la boca.

ANTONIO

¿Qué habla, mama? Le pidió ciento de liras a un general, no se las quiso dar y me tuvo que tener con usted. Me dio un esquiafo que me saltó dos dientes de leche. Todo porque el general americano no quería pagar lo que usted pedía...

MADRE

¡Pero, callate! (*Lloriqueando*). Decirle esto a una madre, que te tuvo nueve meses en el vientre. Yo te podría haber abortado con la comadrona de Sant’Anastasia y te quise tener igual, porque te quería desde antes de nacer, de estúpida que soy, que soy toda un corazón grande. (*Repuesta*). Esto debe ser cosa de tu mujer, la legítima. La cagada por los dioses, tanto que te enamoraste de ella que no tuviste más ojos para tu familia. Pero ahí, tenés miráte cómo estás, dale las gracias. ¿Qué te dio de tomar, de comer, la mala pécora de tu mujer para comer? Si le sentiste el gusto muy amargo, seguro era veneno, arsénico. A ver, mostrame los remedios que estás tomando.

*La MADRE remueve unas cajitas, mira sin entender.*

MADRE

¿Tisana no te dio?

ANTONIO

No me puedo levantar, mamá. Estoy postrado.

MADRE

Vos me hicieras caso alguna vez y otro gallo cantaría.

*La MADRE se acerca, le pone la mano en la frente.*

ANTONIO

No estoy con ánimo hoy para pelear.

MADRE

¿Quién quiere pelear?

ANTONIO

Va a empezar que Marga esto, que Marga lo otro...

MADRE

¿Quién es Marga?

ANTONIO

Mi mujer.

MADRE

Pero... ¿no era Cristina?

ANTONIO

¡Cristina era cuando tenía diez años!

MADRE

¿Pero qué? ¿No te casaste con Cristina? Tenías a la Cristina todo el día en la boca...

ANTONIO

Era una criatura, mamma.

MADRE

Nunca me cayó bien la Cristina tuya. Te tenía engatusado y se le notaba lo falsa. ¿Con quién te casaste, entonces?

ANTONIO

Marga.

MADRE

Marga, Margarita será. No me dice nada ese nombre. Decime, Tonio, ¿vos por qué te casaste con ésta?

ANTONIO

Porque la quería.

MADRE

Te gustaba la mujer.

ANTONIO

Ya no me acuerdo. Pero supongo que sí.

MADRE

¿Vos te acordás cómo le ibas atrás a la mujer de Pietralba? Estabas que no dormías, que no querías comer... Yo te decía a cada rato, para corregirte: no te podés fijar en esa mujer porque lo prohíbe Dios en los Diez Mandamientos: "No codiciarás la mujer de tu prójimo." Hiciste un pecado mortal.

ANTONIO

Mamá, yo tenía 11 años cuando lo de la mujer de Pietralba...

MADRE

Ah, pero le gustabas a ella.

ANTONIO

Mamá, ¡tenía diez años! ¡once! Ella me usaba de mandadero, que fuera a llevarle una cartita a uno, un recado al otro...

MADRE

Te desilusionaste cuando viste que hacía la puta. Todas hacían la puta, si no había un mendrugo para llevarse a la boca. ¿Vos te acordás el hambre que teníamos? Cuando liberaron a Nápoles de los alemanes, abrieron el acuario y nos comimos los animales del acuario...

ANTONIO

Yo sabía que ella se prostituía desde el vamos.

MADRE

¿Desde cuándo...?

ANTONIO

¿Desde que me llamó para que le hiciera el cadete. Se piensa que yo me chupaba el dedo?

MADRE

Vos estabas enamorado de la mujer de Pietralba. Y un chico enamorado, no piensa. Por eso te advertí que con una mujer casada no tenías que meterte; igual el marido no te iba a hacer daño alguno, si él mismo la llevó ante los británicos y todo decoroso y envarado como era él, mal rayo le parta, que parecía que tenía un palo en el culo, les pregunta si la mujer de él puede entrar en el burdel del ejército. Los británicos ni se mosquean, le dicen: “No tenemos una institución llamada burdel del ejército.” Otros cagados de Dios que son los británicos. Pero Pietralba, aquí no ha pasado nada, le dice a la mujer: “Lástima. En fin, Luisa, supongo que si no puede ser, no puede ser.” Y meta volver la Luisa a despatarrarse en el cementerio con los amantes que vos le ibas a buscar...

ANTONIO

Ya me la había contado a esa historia.

MADRE

*(Bufa).* ...

ANTONIO

Parece un gato haciendo así.

MADRE

Yo te veo desde el cielo, hijo, cada zafarrancho que hacés...

ANTONIO

Me gustaba mucho la que fue mi mujer. Por eso me casé.

MADRE

A mucha gente le gusta el pejerrey y por eso no se casa con uno.

ANTONIO

Puede ser.

MADRE

Te enfermaron los disgustos con las polleras.

ANTONIO

La fábrica, el negocio.

MADRE

¡La otra!

ANTONIO

Así que lo sabe.

MADRE

En el cielo se sabe todo. Es como en Pozzuoli; lo que sabe una comadre, lo saben todas.

ANTONIO

Mamá, ¿por qué me dejó en un hospicio?

*MADRE bufa otra vez.*

ANTONIO

Cinco años me dejó, tres sin tener noticias tuyas. Los frailes nos dejaban salir de ronda a pedir comida entre los ejércitos. A algunos chicos se los robaban los alemanes, nunca se supo bien si los querían de campana, para delatores o para algo peor. ¿Por qué me dejó tres años?

MADRE

Velaba por vos. Te cuidaba, ya sé que no lo entendés. Pero te cuidaba, te protegía.

ANTONIO

Cuando me sacó tenía diez, once años, y me puso de alcahuete de las mujeres.

MADRE

Te pedí ayuda; te dije que nuestra familia era una familia de dos. Te dije claro, si vos querés quedarte con tu mama, tenés que ayudarla que es tu deber.

ANTONIO

Usted qué hacía cuando yo correteaba por las calles con los mandados de la mujer de Pietralba, lo de la Viuda Rosetta, la Torcidita...? No tenga vergüenza, mamá, dígame la verdad. Esta es la hora de la verdad. ¿Iba con los soldados? ¿Iba con el enemigo?

*Largo silencio.*

ANTONIO

Conteste, mama.

MADRE

¡¡¡Hacerme el interrogatorio a mí, como si yo fuera justo tu prisionero de guerra!!!

ANTONIO

Mamá, yo le perdono todo. Iba con el enemigo, eso es? Le da vergüenza decirme?

MADRE

El enemigo era el hambre. Ese es el único enemigo. ¡Pero qué vas a saber vos de lo que yo pasé!

ANTONIO

¿Y qué hacía en la guerra que no me podía tener con usted?

MADRE

*(Distraída, restándole importancia).* Era informante.

ANTONIO

¿Qué?

MADRE

Informante, qué hacía uno, qué hacía otro. Quién conspiraba, quién estaba en el mercado negro...

ANTONIO

Ah. ¿A quiénes informaba?

MADRE

Eh, a veces un poco a unos. A veces un poco a los otros. Hay que comer, ¿no? Hay que hacer que la sopa siga revolviéndose.

ANTONIO

¿Era una espía?

*La MADRE se dobla de risa.*

MADRE

Me vas a matar de risa vos. *(Se calma).* Dejémoslo así, Tonio. No te podía tener porque no te podía tener. Después te busqué, después me tuve que volver a ir. Ahora te vengo a buscar, porque sos mi hijo y no quiero que tengas miedo. Nos vamos los dos, yo te llevo de la mano, como cuando eras chiquito, muy chiquito, antes del hospicio. Vos de eso no te podés acordar, porque no tenés memoria. Vos no sabés lo que pasa una madre con un

hijo chiquito, sola. Lo que yo te defendía, vos te acordás nada más que del hospicio. De lo mala que fue tu madre que te metió al hospicio. Pero no pensás que a lo mejor el hospicio te dolió tanto porque estabas muy apegado a mí, porque vos eras la luz de mis ojos, el amor de mi vida. Y sí, y después fui y te dejé en el hospicio.

ANTONIO

...

MADRE

¿Vos te acordás de los pirulines que te compraba yo?

ANTONIO

No, mamá.

MADRE

Te los dejé de comprar porque te daban parásitos. ¿Pero ves? No te acordás de todo lo bueno que tenías conmigo antes del hospicio. Nada más te acordás que yo te dejé allí, tres, cuatro, cinco años, y te dedicaste a reprochármelo toda la vida. Vení, Antonio. Nos tenemos que ir. No hagamos esperar a nadie.

*ANTONIO se levanta de la cama, en pijama, se quita el suero, etc. Ella se agacha y le calza las pantuflas.*

ANTONIO

Mamá, ¿mi padre era un alemán?

MADRE

Tu mujer podría haberte conseguido un pijama un poco más digno, ya que es la hora de tu muerte. ¡Qué mujer desjarretada tenés!

ANTONIO

Mamá, ¿por qué nunca me quiso decir que tuvo amores con un alemán? ¿Que yo soy hijo de él? Yo lo sé, yo lo investigué.

MADRE

No hay que afanarse tanto, Tonio. Hace daño.

ANTONIO

Pensé que cuando usted se fuera, dejaría algo, un papel donde contara...

MADRE

Pero, si apenas fui a la escuela y te voy a andar escribiendo novelas a vos...!!

ANTONIO

*(Por las pantuflas).* Espere; me puso la derecha en la izquierda y la izquierda en la derecha.

MADRE

Entonces ponéte las vos.

*ANTONIO lo hace.*

MADRE

Tan apurado que estás, ahora los vas a conocer a todos. Los parientes, los santos, los ángeles...

ANTONIO

¿Mi padre sabía que tenía un hijo? ¿Usted le contó? ¿Me parecía a él; él me quería?

MADRE

Ah, ¡mirá las cosas para las que querés que tenga memoria, Tonio! Qué se yó, pasó hace como setenta años!

*El toma del bracete a la madre, se inclina un poco. Ella le sonríe, se moja el dedo índice con saliva y le pasa por las cejas y el poco pelo que le queda, peinándolo.*

ANTONIO

*(Se aparta un poco).* Qué asco, mama. Deje, deje.

MADRE

Siempre hecho un escrofuloso, qué mal me harás quedar delante de San Pedro.

*Los dos salen por una puerta con luz intensa, andando despacito.*

*Fin de Escena 2*

**ACTO 2**

**ESCENA 3**

*Pequeño living, dos silloncitos pequeños, una mesita, un perchero. ROSITA fuma un cigarrillo tras otro; está vestida de estricto luto; se nota que es una mujer severa. ORLANDO, de luto, también, nervioso. Acaba de entrar dos coronas de flores. Luego sale, y entra una tercera.*

ORLANDO

Cuando las flores se pudran no se va a poder estar en casa.

ROSITA

Te dije que las dejaras en el cementerio.

ORLANDO

¡Qué desperdicio, Rosita! ¡Con lo que costaron las coronas!

ROSITA

Si no las pagaste vos. Esa es la del ex socio de papá, la otra es la de los empleados de la empresa... Aquella, ¿quién es Covarrubias? Qué dice, Ger... Germana... ¿Cobarrubias...?

ORLANDO

Eh, no sé.

ROSITA

*(Se acerca a ver la faja).* Es un nombre de fantasía....

ORLANDO

Capaz.

ROSITA

¿Vos saludaste a alguien que se llama Germana Covarrubias? ¡No fuera a ser alguna fulana de papá! *(ORLANDO tropieza, se le caen las cosas de las manos, está en extremo nervioso).*

¿Qué te pasa, Lando? Yo no sé por qué si la que queda huérfana soy yo, vos tenés que sufrir más. A veces me parece que jugás un campeonato de sufrimiento conmigo. Siempre tenés que ser vos el más sufriente.

ORLANDO

Rosita, enténdeme. Papá era para mí... ¿Te vas a encender otro cigarrillo?

ROSITA

No, no, martirologio no. No se te caía el viejo de mierda de la boca, cada vez que te pedía la plata...

ORLANDO

No hablés, yo... todos somos pecadores.

ROSITA

Germana, qué nombre. ¿Vos saludaste a alguien con ese nombre?

ORLANDO

No, no.

ROSITA

¿Sería la rubia grandota? Yo creía que esa era la dueña de la funeraria; nos rondaba que parecía que teme que los muertos se le levanten de los cajones y se vayan sin pagar.

ORLANDO

A mí no me saludaba nadie. Cada vez que decía que era el yerno, poco más me escupían y pasaban de largo... Tantos años en esta familia y soy menos que invisible.

ROSITA

Si saludaste a todo el mundo, estabas en la puerta de plantón. Parecías que hacías la aduana al otro mundo.

ORLANDO

Es que creían eso, Rosita. Creían que yo era el sepulturero. No fumés más, Rosita. Te fumaste un paquete entero, ya.

ROSITA

¿Y por qué no viniste para adentro, Lando, en vez de quedarte haciendo el soldadito de plomo? ¿Quién esperabas que viniera al velatorio? ¿Cristo en persona?

ORLANDO

Me daban un poco de asco el olor de las flores. Me venían las náuseas; deben ser los crisantemos, las calas, qué se yo...

ROSITA

¡¡¡Me exasperás!!! ¡¡¡Para qué las trajiste si te dan asco!!!

ORLANDO

Qué querés que se las deje a las ratas, para que las ratas se devoren las flores que le llevaron a (*Se quiebra*) tu difunto papá...?

ROSITA

Ay, ya estás llorando otra vez. Yo no sé qué tenés.

ORLANDO

Comprendéme, don Antonio era para mí más que mi padre...

ROSITA

Sí, pero era el mío. Vos deberías escribir a tu propio papá y decirle que lo seguís queriendo aunque haya desfalcado al Estado. Y lo vas a visitar.

ORLANDO

Rosita, mi padre está prófugo de la ley. No sé dónde está; está permanentemente huyendo: tiene pedido de captura. ¿Cómo le voy a escribir una carta? Vos tenés que tener corazón con lo de tu papá. Vos tenés corazón, Rosita, ¿o tenés un engranaje mecánico ahí en el pecho?

ROSITA

Sí, tengo corazón; me hice un electrocardiograma hace tres meses. Porque vos decías que yo estaba embarazada, vade retro, y lo que tenía eran palpitaciones por el estrés. Pero yo, antes de hacer como vos el ridículo en el velatorio de mi papá, me tomo una pastilla para los nervios. Hay que ser un poco adulto, Orlando. Hablando de eso...

*ROSITA se levanta, sale, entra con un vaso con agua y saca de un pastillero de su cartera una pastilla. La mira, la toma. Después se toma otra más.*

ORLANDO

No lo hice a propósito. Estaba... No tomés tanta pastillas, Rosita. Te hace mal al estómago.

ROSITA

No me hace mal al estómago.

ORLANDO

Al hígado, a la vesícula. ¿Vos sabés que la mujer de mi primo Mario, que era la mujer pero no vivían juntos, creía que estaba mal de la vesícula y resultó que era cáncer de estómago, de hígado, y se murió en menos de un mes?

ROSITA

Y si tengo cáncer de hígado, ¿qué carajo querés que me haga mal una pastilla para los nervios?

ORLANDO

Te quiero cuidar, Rosita. Le prometí a papá que te iba a cuidar siempre: vos sos mi misión en la vida.

ROSITA

Te tuvieron que sacar los sepultureros en andas, desmayado. La gente comentaba: ¿Cuánto le debía al suegro que se puso así?. El Orlando debería estar contento, comentaba mi madrina, tenía un capital en las deudas... Decí que Santos no te escuchó, porque Santos te cobra peso sobre peso. Ese hermano mío me va a dar unos disgustos con la herencia y la plata!

ORLANDO

No hablemos de plata ahora. Rosita, yo tengo que hablar con vos de algo importante. Tenés que oírme bien.

ROSITA

Ay, ya estamos.

ORLANDO

*(Se sienta frente a ella, la toma de las manos, se atraganta con las palabras que tiene que decirle). Rosa María, Rosita, Rosita... no sé cómo decirte esto...*

ROSITA

Te hiciste una vasectomía.

ORLANDO

¿Qué? ¡No!

ROSITA

Por eso no podemos tener hijos; te hiciste una vasectomía hace veinte años cuando tu padre fue preso y hubo un escándalo. Vos dijiste: "Si yo tengo genes de ladrón y perro estafador, no quiero pasárselos a mis hijos". Fuiste y te hiciste una vasectomía.

ORLANDO

¿Qué decís, Rosita?

ROSITA

Me lo contó la Claudia que vivía en tu cuadra cuando pasó eso. El hermano de ella te llamaba “huevos-cortados” cuando hablaba de vos. Si me querés contar eso, ahorrátelo. Lo sé hace como tres años y no te perdono que me hayas hecho pasar por tratamientos hormonales para quedar embarazada, cuando vos no tenías con qué embarazarme.

ORLANDO

*(Sudado)*. Rosita, yo...

ROSITA

No te perdono una mierda. Y ya que querés hablar, hablemos: te ahorro tus palabras y el discurso que me querés soltar, que no tengo ganas de oír más lamentos. Ya bastante la oí llorar a mi madre en el entierro y pensar que le hizo a mi viejo unos cuernos así...

Yo también me quiero separar; tomé las medidas para que no te quedes en la calle. No porque seas buena persona o buen marido, sino porque me das pena. Lo más bajo que puede caer una persona en el concepto de otra, es adonde caíste vos. Te tengo lástima, Lando. Te voy a pasar una pensión chiquita, para que no te mueras de hambre. Si necesitás más plata, trabajá que no sos ningún tullido.

*Largo silencio.*

ORLANDO

¿Cómo que te querés separar, Rosita?

ROSITA

No disfruto más de cuando estamos juntos.

ORLANDO

Porque estás toda percutida por dentro, por el tabaco, las pastillas, la cerveza...

ROSITA

¿Qué cerveza, de qué hablás? No te quiero más, Lando. Saquémonos las caretas y decíme que no me querés más. Me lo podés decir, hace mil años que no somos felices. Vos tampoco debés ser feliz con la vida que tenemos...

ORLANDO

¿Cómo que no somos felices? ¿No te gustó el regalo de Navidad que te hice? Si vos querías ese vestidito igual al que en la novela se ponía Araceli González. ¿Me mentiste? Era un cuento, ¿no lo querías?

ROSITA

Me lo compraste dos talles más chico. Cuando lo fui a cambiar me dijeron que no confeccionaban talles mayores a ese. Me sentí una vaca, me hiciste sentir una vaca.

ORLANDO

Vos le echás de todo la culpa a los demás. Es una habilidad tuya.

ROSITA

*(Se levanta)*. Me cansé, me voy a acostar.

ORLANDO

Rosita, esperá. Yo te quería decir otra cosa.

*Rosita que empezó a salir, se vuelve y lo mira con fastidio.*

ORLANDO

Papá tenía otra familia, en Areco. Me lo dijo antes de morir, me llamó y me lo confesó. A Santos tampoco le dijo, no sé por qué, no le tendría confianza: el Santos volvió muy cambiado del viaje a Chile, el papá creía que se quiere abrir de la empresa y ponerse por su cuenta. Capaz por eso no le contó.

ROSITA

Tengo mucho sueño, Lando. Contás o no contás.

ORLANDO

Esperá, que te lo quiero decir bien, no me quiero enredar. Su última voluntad era que te lo dijera a vos, que vos la conocieras a tu otra mamá o tu madrastra, como se diga, y a tus hermanos, capaz tenés hermanos. Me dio las señas: la señora se llama Titina, Tina, Argentina Porchia. Me aprendí la calle de memoria, pero ahora con el susto que me das que te querés separar de mi, se me borró. Dejáme un segundito que hago memoria...

*ORLANDO frunce el ceño y se concentra.*

ROSITA

¿Qué dijiste?

ORLANDO

Que lo de querer separarte es porque se murió tu papá. Le pasa a todas las mujeres cuando están tristes, pero me querés. Yo sé que me querés. Cómo no me vas a querer si yo te adoro, ¡¡¡vos sos el amor de mi vida!!!

ROSITA

Eso no, lo otro que dijiste.

ORLANDO

Argentina Porchia, calle de la Fragata Sarmiento 318, Areco.

*Fin de Escena 3*

#### ESCENA 4

*Mismo escenario anterior, SANTOS con ellos. Un hombre joven, resolutivo, de luto también. Duro o endurecido por los objetivos que persigue sin cesar.*

SANTOS

No quiero que me hagas perder el tiempo, Rosa. Lo que me tengas que decir, decímelo ya, así me puedo ir.

ROSITA

Orlando tiene que decirte algo.

ORLANDO

Mejor vos, Rosita.

ROSITA

Oílo a Orlando, Santos.

ORLANDO

No, Rosa. Vos sos la hermana, mejor vos que...

SANTOS

¿Me van a tener así los dos? Entonces empiezo yo: me importa tres pitos que papá te condonara la deuda. Yo sé cuánto le debías en firme y cuánto era de palabra. Sé que papá rompió el pagaré antes de morir y sé también que te firmó un cheque en blanco. Está todo asentado en los libros. No podés pasarme por arriba con los números, como hacías cuando yo era un colegial...

ORLANDO

Papá era un ser generoso.

SANTOS

Te ruego que no lo llames papá en mi presencia. Pero vamos al grano, la deuda queda pagada. Y al cheque en blanco, que todavía no cobraste, la secretaria me lo dijo, le ponés una cifra ahora mismo delante de mí. Acá, ya mismo. La que quieras, con todos los ceros detrás que vos quieras. Pero te desvinculás de la empresa.

ORLANDO

¿¿Qué??

SANTOS

Firmás, cobrás, y a los tres días ponemos un aviso en el diario, en Clarín por lo menos, que diga que ya no tenés nada que ver con la empresa.

ORLANDO

Ustedes lo único que quieren es sacarme de la familia cuanto antes. Sepan que yo soy familia aunque...

SANTOS

Yo lo que no quiero más es ladrones en la firma.

ORLANDO

¡Me estás llamando ladrón!

SANTOS

Al que le caiga el sayo que se lo ponga.

ORLANDO

¡¡Vos, que le dijiste a papá que ibas a refaccionar el local de calle Paraguay y con la plata para la refacción te compraste otro a tu nombre!! ¿Te pensaste que no lo sabía? ¡Todos los empleados de calle Paraguay lo saben! Papá lo sabía y no te echó nada en cara de puro generoso que...!

SANTOS

No le digas papá en mi presencia, te pedí por favor, Lando. Por lo menos Don Antonio llamálo.

ORLANDO

Rosita, hacé algo, decíle algo.

ROSITA

Lando.

ORLANDO

Para mí, era papá. No era Don Antonio.

ROSITA

Lando es un sentimental.

SANTOS

Papá se cortaba los dos testículos antes de tener un zángano en la familia.

ROSITA

Eso está por verse.

SANTOS

Rosa, la pensión que me digas la vas a tener. Yo no soy ningún amarrete, y vos sos mi sangre. Pero el negocio no lo pisás más vos tampoco, que cuando venís siempre hay un escándalo por una cosa o por otra. La cajera de solo olerte el perfume, ya tiene una crisis nerviosa. También vos ponéte una cifra y yo te la paso del 1 al 5 de cada mes.

ROSITA

Santos, mi marido te quería hablar de otra cosa.

SANTOS

Yo negocios con ese parásito no hago.

ROSITA

Decíle, Lando.

ORLANDO

Decíselo vos y que reviente.

ROSITA

Papá tenía otra familia.

SANTOS

¿Que papá qué...?

ROSITA

Decile.

ORLANDO

Papá, don Antonio, tenía otra familia.

SANTOS

Rosa, la paciencia tiene un límite. Y yo tengo una cita con el fabricante de Villa Loreto.

ROSITA

Tenía otra mujer... Decíle como se llama, Lando.

ORLANDO

Argentina Porchia.

ROSITA

Vive en Areco. ¿Te acordás que papá iba siempre a Areco?

SANTOS

Está la fábrica de Pedroni en Areco. Sin la fábrica de Pedroni no hacemos zapatos.

ROSITA

¿Pero vos fuiste a Areco con papá a visitar a Pedroni?

SANTOS

Pedroni era amigo suyo, personal.

ROSITA

Pedroni, una mierda. Lo que papá tenía ahí era a la fulana esa.

SANTOS

¿Vos de dónde sacás esas cosas?

ROSITA

Se las confesó a Lando antes de morir. Para que Lando se hiciera cargo.

SANTOS

¡Acabáramos! ¡Otro cuento! ¿Cuánto más necesitás, Lando, para vivir? Rosa, parálo a tu marido un poco.

ROSITA

Qué mano larga sos con la plata de papá, Santos. A vos te pago tanto, a lo otro lo que quiera y me lo saco de encima. Qué vas a hacer cuando los hijos de la Argentina ésta, ¿te pidan la parte? Tres hijos tiene.

ORLANDO

Rosa averiguó llamando a la comuna. Se hizo pasar por inspectora del Ministerio de Educación y le dieron la información. Dos hijos menores de diecisiete años y uno mayor. Rosita le dijo que ella estaba controlando el calendario de vacunación, la BCG, porque estaban previniendo una oleada letal de tuberculosis.

SANTOS

Ustedes dos están locos.

ROSITA

Tienen el apellido de papá.

*Silencio de los tres.*

ROSITA

El mayor se llama Santos, el que sigue Mario y la nena Rosana. Se llaman como nosotros.

SANTOS

Nosotros somos dos.

ROSITA

Pero ahí son tres.

SANTOS

Tres hijos.

ROSITA

Tres y mujer.

ORLANDO

No es legal la esposa. Sino, papá hubiera caído en el delito de bigamia e iríamos todos a juicio a ver quién cobra la parte más gruesa de la herencia.

SANTOS

Vos no vas a cobrar nada, ya te lo dije.

ORLANDO

Sino hablo por mí. Me refiero a ustedes.

SANTOS

¿Por qué papá iba a confiarle algo a este pelafustán en vez de a mí?

ORLANDO

Porque yo era como un hijo.

*SANTOS lo agarra del cuello de la camisa y lo amenaza con pegarle. ROSITA los separa.*

ORLANDO

Papá me quería, ¡papá me quería a mí! ¡Yo nunca le falté!

SANTOS

Sacámelo que te lo mato, Rosa.

ROSITA

Me harías un favor. Pero ese es otro tema.

SANTOS

...

ROSITA

Yo no sé si estar triste o contenta, Santos. Porque ahora somos cinco hermanos y el más chiquito de nosotros tiene seis, siete añitos. Yo podría pedírselo a esa señora y criarlo. Porque Orlando no puede nada, no puede engendrar, está seco como un palo...

ORLANDO

¡¡¡Rosa...!!!

ROSITA

Perdoná, Lando. No quería meterme con vos, pero digo, tendríamos que ir los tres a conocer a la señora, la otra, y los hijitos, ¿no?

SANTOS

Vos sos carne de cualquier estafador, Rosa. Papá hace cinco años ya estaba con el cáncer. Decime cómo hacía para ir con la mujer y fecundarla.

ROSITA

Como hacen todos, Santos. Preguntále a Lando.

ORLANDO

¿Yo qué tengo que ver?

SANTOS

¿Por qué papá no me contó eso a mí?

ROSA Y ORLANDO

...

SANTOS

¿Y mamá? ¿Mamá sabe que hay otra mujer?

ROSITA

Yo le quise contar, pero no me escuchó. Me dijo que de las andanzas de papá no quería saber. Que todos los hombres tienen sus andanzas y que no hay que sorprenderse.

SANTOS

Mamá está muy trastornada.

ROSITA

Contále, Lando.

ORLANDO

Yo no hablé con tu mamá.

ROSITA

Él la tanteó hablando como de bueyes perdidos. No sabe nada mamá.

SANTOS

*(Consulta el reloj)*. ¿Cuándo querés ir?

ROSITA

No sé. Lo antes posible.

SANTOS

¿Estás segura de que esa mujer no es una embaucadora?

ROSITA

No, no sé.

SANTOS

Esos hijos no pueden ser de papá.

ROSITA

¿Por qué? A lo mejor papá era fogoso en Areco.

SANTOS

Nos quedamos en Pampa y la vía si hay que repartir entre cinco.

ROSITA

¿Tanto así?

SANTOS

Habrá que negociar con la fulana. ¿Tenés la dirección justa?

ORLANDO

Calle de la Fragata Sarmiento...

SANTOS

¿Por qué no la mandamos a matar? Nos quitamos el problema de encima.

ROSITA

No sé; no me parece. A mí me gustaría que me dé un nenito de papá para criar.

ORLANDO

Ustedes dos no tienen corazón.

SANTOS

Miércoles a la tarde. Los paso a buscar a los dos con el auto.

ROSITA

¿Vas a llevar un arma?

SANTOS

¿Para qué?

ROSITA

No sé; por si se presenta la oportunidad. Como dijiste de matarlos...

SANTOS

Yo no me voy a ensuciar las manos.

ORLANDO

¡¡¡No vayan a esperar que yo los mate, eh!!!

SANTOS

Faltaba menos con vos. No debés acertar una tirando al blanco.

*Un silencio, SANTOS se dirige a la puerta, desde ahí se vuelve y pregunta.*

SANTOS

¿Por qué papá no me lo contaría a mí? Toda la vida haciendo lo que papá quería, comprando, vendiendo, estudiando técnicas de venta y cuando tiene que morirse le confía su secreto a este infeliz. Decime, ¿por qué haría algo así papá? Acaso me odiaba, ¿es eso? El primer secreto era que tenía otra familia y el segundo secreto era que odiaba a su hijo mayor. Algo de eso habría.

ROSITA

Capaz te veía muy cercano a mamá.

SANTOS

¿Qué le hice yo para que me odiara? Cuando era chico me la pasaba con la cabeza metida en los libros, cuando fui más grande le iba a la par con los negocios. Le hice ganar plata, le hice crecer el negocio. Le fui leal, le cuidé los empleados peor que un perro, ¿por qué no me contó a mí que tenía un secreto? *(Se quiebra, llora y con voz aguda de niño, pregunta)*. ¿Por qué, Rosa, no me lo contó a mí?

*Fin de escena 4*

## ESCENA 5

*El que fue el dormitorio de Antonio se vé ahora desmontado. Marga, la primera esposa, ordena y dobla mantas, el suero, la chata... va guardando todo en un ropero. Entra Santos, un poco nervioso, ofuscado.*

SANTOS

Ah, estabas acá.

MARGA

*(Sobresaltada)*. Qué susto me diste. Tenés pies de gato.

SANTOS

Disculpá; quería hablar con vos, mamá.

MARGA

*(Sin volverse a mirarlo, arreglando la habitación)*. Decime. Hacer esto me parte el alma. Un año estuvo papá agonizando entre estas cuatro paredes. Pobre papá. *(Llora)*.

SANTOS

Ya sé.

*Un silencio inhóspito.*

MARGA

Hacer esto me parte el alma.

SANTOS

Te oí, cuando lo dijiste.

MARGA

Repito, por si esperás que te prepare la cena. Estoy devastada; no te prepararé ninguna cena. Vos tenés tu casa para cenar o cenarás en... donde sea. Además la despedí a Carmen y Corina vendrá a hacer las cosas de la casa una vez por semana. Si papá no está, ya no hace falta cocinera. En esta casa se comerá todo congelado. Congelado y descongelado, metido en el microondas, calentado, se entiende. *(Después de un breve silencio)*. No me mires así como si fuera una madre desnaturalizada, una enemiga pública. Hasta existen libros de cocina, recetarios para cocina en microondas.

SANTOS

...

MARGA

Es mentira que la comida calentada en el microondas produce cáncer. Eso era un invento de papá para no comprarme el microondas primero y para no dejármelo usar después.

SANTOS

*(Se prepara para lo que viene a decir, se llena de aire como un pez globo)*. Mamá, vine a decirte una cosa. Quiero que estés preparada, porque me parece que no te va a gustar. Tal vez... tal vez sería mejor que saliéramos a cenar. Podemos ir a esa parrillita de...

MARGA

Entonces sí esperabas que te hiciera de cenar.

SANTOS

¿Qué? No...

MARGA

Primero me tanteaste y como viste que lo único que hay para comer en esta casa es de microondas, ahora me venís con que salgamos a cenar. Vos debés ser como papá que creía que el microondas da cáncer; la computadora te arruina la retina; los rayos láser te producen tumores malignos en el cerebro.

SANTOS

¿Qué rayos láser?

MARGA

Cosas de papá. No pienso salir a ningún lado, así que si es verdad que tenés algo para decirme podés ir empezando. A lo sumo, oíme bien: a lo sumo y como excepción caliento una lasaña congelada que tengo y comemos eso, cada uno en su bandejita de aluminio. Tampoco es verdad que el aluminio sea cancerígeno.

SANTOS

Mamá, estás un poco obsesionada con el cáncer.

MARGA

Cuidé a tu padre todo un año; tres meses con cuatro días y siete horas postrado, hasta que murió. Siete horas y veintidós minutos. Los contaba, oí el péndulo del reloj ir y venir y sabía que tu papá se nos iba... Hubiera querido romper el reloj de péndulo.

SANTOS

¿Te digo lo que venía a decirte...? Me es difícil porque...

MARGA

*(Fastidiada)*. Igual ya lo sé, hijo. No te esfuerces.

SANTOS

¿Ya lo sabés? ¿Estás enterada?

MARGA

Bueno, sos mi hijo. Un hijo para una madre es más importante que el cielo. Ya conocés el cuento de la madre del asesino que no lo denuncia a la policía porque es su propio hijo, el que llevó en sus entrañas. Pero como el hijo tenía la compulsión de matar, un día la mata a ella, a la madre que tanto lo amaba...

SANTOS

Yo no vengo a hablarte de mí.

MARGA

¿Te enamoraste, es eso?

SANTOS

...

MARGA

¿Es menor de edad?

SANTOS

¿Qué? ¡No!

MARGA

Uf, qué alivio, Santos. De verdad, hijo, qué alivio. A tu padre le costó mucho tapar el escándalo aquella vez; el asunto de que tu amante era menor de edad pesaba más de lo que parecía. Por más plata que le ofrecíamos a la vieja horrenda alcahueta que decía que era la madre, estaba empeñada en no ceder... ¡Ni que su hijo hubiera sido de oro y plata!

SANTOS

Yo tenía dieciocho años.

MARGA

Sí, sí. Eras un inconsciente. Pero el otro chico tenía catorce. Igual papá no esgrimió contra vos una sola crítica; sabía ser muy mesurado. Un negocio como el nuestro, que él levantó de la nada, no es una cosa que se haga sino se tiene un temple de acero. Pobre papá, ya me viene de llorar otra vez... *(Al cielo)*. ¡¡¡Cuándo llegará el día en que se me acaben las lágrimas, Dios Mío!!! El venía de un hogar terrible, con un pasado... A veces había tenido que comer carne de muerto, empanada, que le daba la propia madre allá en Nápoles, en el tiempo de la guerra...

SANTOS

Ya lo sé, mamá. El lo contaba a cada rato.

MARGA

En algún lado guardé las fotografías que tenía la vieja horrenda, con tu noviecito y vos vestidos los dos de mujer. No vayas a creer que papá perdió el pulso cuando las vio. Unicamente le pidió a la señora, que si tan segura estaba de armar un escándalo que arruinara la vida del hijo, no podía ella mentir un poquito y decir que en realidad habías abusado de la hija que tenía, que aunque tenía quince y se la veía tan despierta... porque lo de homosexual se le había quedado atragantado y no quería que vos te arruinaras el futuro. No quiso saber nada la vieja inmunda. Pagamos todo lo que nos pidió, una fortuna. Papá pagó al contado, la señora le firmó el silencio. Cuando salimos de esa casucha, me abrazó bien fuerte y me dijo al oído: "Márgara, esto muere entre los dos. Nunca sabrá nada nadie y nada le diremos jamás a Santito que él se sienta avergonzado". Eso es amor, ahí tenés.

SANTOS

Yo no sabía que papá...

MARGA

Amor. Amor de padre.

SANTOS

*(Quebrado, a punto de llorar)*. El sabía, ¿él siempre supo...?

MARGA

Sí, sabía. Qué bueno era tu papá. No podés decir que no haya sido un buen padre.

SANTOS

Mamá, el tenía otra familia.

MARGA

¿Quién?

SANTOS

Papá. Tenía una familia paralela; otra mujer, otros hijos. Eso venía a decirte yo.

MARGA

¿Qué?

SANTOS

Que él tenía otra familia.

MARGA

¡Y yo que creí que venías a comer!

SANTOS

No te pongas mal, mamá. Era un secreto, una vida secreta de él.

MARGA

...

SANTOS

¿Tenías idea de que él tenía otra familia?

MARGA

No.

SANTOS

¿Habrás sospechado?

MARGA

¿Que iba con mujeres...? Sí. Qué mujer no sospecha que su marido puede irse una noche o dos con mujeres, mujeres de la vida especialmente, ¿¡secretarias!?! Pero de ahí a tener otra familia...

SANTOS

Nunca te lo mencionó.

MARGA

Me parece que una vez... Una vez algo él me dijo.

SANTOS

Habrás sospechado en ese momento, entonces. ¿Qué te dijo?

MARGA

Parecés periodista de la farándula. ¡No me acuerdo qué me dijo!

SANTOS

Decime la verdad, mamá.

MARGA

La verdad, la verdad, qué patada en el culo la verdad en esta familia.

SANTOS

No te importó.

MARGA

Enjuagate la boca antes de hablar mal de papá. Que no tuvo una palabra de reconvención para vos, ¡ni un agravio!, habiéndote sacado de los líos en que te metiste. Capaz todavía estarías preso por vicioso, por depravado... ¿Te seguís vistiendo de mujer?

SANTOS

¡¡¡No!!!

MARGA

Te seguís vistiendo de mujer y metiéndote en esos tugurios tenebrosos. Cuando me mentís es cuando me decís la verdad. Te conozco; sos igual que él. Más me quería, más sabía yo que me metía los cuernos. ¿Y qué? ¿Acaso para ser feliz es necesaria la fidelidad del otro? ¡Bastante cuesta ser uno mismo una buena persona, para andar pidiéndole al otro que le sea fiel y que lo quiera a uno! Me extraña que vos, con lo puto que sos que siempre te arrastraste de amor atrás de unos harapientos y trastornados, me vengas a dar lecciones de moral cuando se quiere a una persona, cuando se tiene un compromiso que está más allá del amor con esa persona.

SANTOS

...

MARGA

¡Malquerido!

SANTOS

Basta. Habrá que pagarle a la otra la parte de la herencia, de la empresa. Los hijos de ella heredan. ¿Tenés algún arreglo con la otra mujer de papá?

MARGA

No sé ni quién es, ni me importa. Voy a vender la casa. Mi parte es mi parte, no me la toca nadie. Voy a viajar. No sé, Grecia. Singapur. Lo estoy pensando. Tal vez sola, o con la tía Trudy, que tiene la pensión del colegio de señoritas que es bastante alta. O con un tour, a lo mejor me anoto en tour que vaya por el mundo a descubrir paisajes exóticos. Me siento tan fuerte que podría escalar hasta el Everest. A ustedes no los quiero ver más.

SANTOS

Fuiste cornuda durante quince años.

MARGA

...

SANTOS

Seguro te convenía serlo; papá te tenía como una reina. Por la culpa que le daba ¡yo creía que era amor!

MARGA

¡Era amor, estúpido! Y me lo decía. *(Larga la lista sin respirar)*. Pero lo que vos no oíste es salir de la boca de tu padre y ahora te lo digo yo sin reparos, son las palabras puto, marica, mariquita, maricón, degenerado, manfloro, desviado, invertido, bufarrón, cangrejo, mariposón, sarasa, sodomita. *(Dulce)*. ¿Te caliento la lasaña en el microondas que tu padre decía nos hará escupir hemorroides hediondas de cáncer por la boca?

*Oscuro.*

*Fin de Escena 5*

### ACTO 3

#### ESCENA 6

*Alcoba de ARGENTINA, la cama y un gran ventanal detrás del cual está el verde, la naturaleza, el canto de los pájaros. Falta una hora para el amanecer. De pronto, entra ANTONIO, vestido y con un maletín en la mano. ARGENTINA duerme y él se sienta a su lado, se quita los zapatos, las medias; se afloja la corbata. Acaricia la frente de ARGENTINA, la besa. Ella comienza a despertar.*

ARGENTINA

Pensaba que no vendrías.

ANTONIO

Te dije que iba a venir.

ARGENTINA

¡Pero a esta hora...! ¿Qué hora es? Debe estar por amanecer. Dentro de un rato los chicos entran a la escuela.

ANTONIO

Me quedé en el parador. Pinché una rueda y me quedé en el parador. La cambié pero estaba muy agotado para manejar hasta acá. Cené ahí, con don Pedro...

ARGENTINA

(*Risueña*). Esa es la excusa que dan todos los maridos que viajan, a sus esposas. Debe ser algún tipo de acuerdo que tienen con el Automóvil Club.

ANTONIO

Podés preguntarle a don Pedro si desconfiás. El me puso una carne a la plancha...

ARGENTINA

Y te habrá puesto un vaso de vino.

ANTONIO

Si querés que sea sincero y por amor a vos, te lo digo: una botella.

ARGENTINA

¡Antonio, me prometiste que no ibas a tomar más!

ANTONIO

Vos sabés el cagazo que va a tener mañana don Pedro cuando se entere de todo?

ARGENTINA

¿Querés acostarte un rato? Debés estar cansado.

ANTONIO

No.

ARGENTINA

¿No estás cansado de manejar? ¿Querés acostarte conmigo un ratito?

ANTONIO

No. Sí, pero hacer el amor, no. Me daría miedo.

ARGENTINA

¿Miedo? ¡Tenemos tres hijos!

ANTONIO

Pero mirá si quedás de uno más justo ahora, Argentina.

ARGENTINA

Ya soy grandecita para eso...

ANTONIO

Más de una mujer de tu edad y más, quedó. Hacéte un café con leche y desayunamos juntos en la cama. ¿No te gustaría? La otra vez que vine, la nena había aprendido a hacer bizcocho de limón. ¿No habrá un bizcocho de limón esta vez? Compartimos los dos. Me tengo que ir temprano, ¿sabés?

ARGENTINA

Te requieren los tuyos.

ANTONIO

Vos sos mía.

ARGENTINA

Los otros.

ANTONIO

Y sí. Esperaban que pase y pasó. Ahora están haciendo los arreglos.

ARGENTINA

¿Quedaron llorando?

ANTONIO

¿Vos sabés que no? No te voy a decir que se los vé contentos, que están bailando una polca, pero que están aliviados, están aliviados. (*Ella quiere hablar y él la detiene*). Qué mujer incrédula que sos. Ya sé lo que vos pensás, querida. Ya sé que vos creés que yo me hago

el pobrecito para que vos me quieras. Para que vos me perdones. Te apiades de mí y digas: El viene conmigo porque allá en su casa nadie lo quiere. ¿Tengo razón o no tengo razón?

ARGENTINA

Un poco.

ANTONIO

Allá están preocupados por otras cosas. La ropa, por ejemplo. La nena está preocupada porque no tiene un vestido digno para ponerse a la altura de la ocasión. Si lo pienso bien, nunca tuvo un vestido digno para la ocasión. Siempre estuvo buscando el vestido adecuado y nunca lo encontró. Y mirá que ella tiene el guardarropas repleto.

ARGENTINA

Yo nunca tuve que elegir un vestido. Nunca tuve opciones entre las que elegir.

ANTONIO

Te pasé plata para que las tuvieras.

ARGENTINA

Pero no tuve ocasiones. Acá no hay ocasiones adonde lucir vestidos. La iglesia los domingos, algún picnic por el día del maestro... Eventos benéficos, galas de la ópera adonde llevás a tu mujer, la legítima, al ballet... ¿Cómo será un ballet, me pregunto? Vi uno en la tele en el canal del Film&Arts; lo vi poniéndome en tu piel, para imaginar qué sentís cuando ves a todas esas bailarinas como muñecas de cajita de música saltando y haciendo piruetas... ¿Disfrutás de las muñequitas? ¿A tu mujer le gustan las muñequitas? Una vez vi una fotografía de ella, en el diario, los dos estaban en un acto de sociedad y ella es idéntica a mí.

ANTONIO

Querida, no empieces...

ARGENTINA

Pero idéntica, idéntica. Por fuera, claro; me imagino que por dentro será diferente. Llamé al nene, para ver si me fallaba la idea y le pregunté: decime, Marito, ¿esta señora no es parecida a mamá? Y Marito señala y gime: Mamá. Mamá. Vos me elegiste porque yo soy igual a ella.

ANTONIO

No te parecés en nada.

ARGENTINA

¿Yo soy la versión mejorada?

ANTONIO

Quiero que estemos bien. No me gusta pelear.

ARGENTINA

¿O soy la versión adulterada?

ANTONIO

Ninguna de las dos cosas.

ARGENTINA

Yo estoy tan sola acá que paso mucho tiempo pensando.

ANTONIO

No deberías pensar macanas, querida.

ARGENTINA

Si le hablo a los pajaritos, no me contestan.

ANTONIO

Buscáte un pasatiempo. ¿Qué pasó con el curso de bordado de la parroquia?

ARGENTINA

Dejáte de joder, Antonio. Todas esas viejas solteronas que me echan el mal de ojo cada vez que me ven pasar. ¿Sabés que creo yo?

ANTONIO

No quiero saber.

ARGENTINA

¿Sabés a qué conclusión llegué yo?

ANTONIO

Si no hay más remedio que escucharte...

ARGENTINA

Vos creés que se puede vivir primero en borrador y después en limpio. Me vino la idea viendo a Rosana hacer los deberes. La maestra les dijo que para ponerles un diez, el trabajo tenía que estar perfecto. Y para que estuviera perfecto lo mejor es que hicieran la tarea en lápiz y cuando se aseguraran de que estaba bien, la pasaran a tinta. Así quedaría perfecta. Vos pensaste que yo soy tu versión en tinta. Que conmigo escribís en tinta; con mi familia.

ANTONIO

...

ARGENTINA

Pero no salió perfecto. Ese fue el error.

ANTONIO

Al final, era mejor que hiciéramos el amor.

ARGENTINA

¿A qué viniste?

ANTONIO

Porque por dolorido que quede, por lo menos no te quejás.

ARGENTINA

Te aprovechaste de mí.

ANTONIO

Siempre fue así. Empezabas y yo me quitaba el pantalón. Entonces santo remedio.

ARGENTINA

Fui una tonta y vos un necio. Porque yo te pedía que blanquearas, que borraras tu pasado conmigo. ¡Te tendría que haber pedido que los mataras para ser feliz conmigo!

ANTONIO

Cuando me veías con el pantalón bajo se te iban las quejas. Hasta la vez que te di de cintazos porque no te callabas, dejaste de quejarte.

ARGENTINA

Qué amargura. Vi los llamados perdidos que tenés en el teléfono; los vi, los vengo viendo hace tres meses. Germana Covarrubias: una nueva. ¿Quién es, de dónde la sacaste? ¿Es una secretaria nueva, la pediste en una agencia de colocaciones? Tenés una amante nueva, por eso espaciás las venidas al pueblo. Ya lo sé: de esta Misa, Antonio, yo me sé la mitad. No hables... Tu jugarreta es vieja como el mundo: la amante compite contra la esposa para quedarse con el trofeo-con-testículos y en la medida en que el trofeo se viene viejo, se aja, empieza a buscar una muchacha más joven todavía que le caliente la cama. Ahí es

cuando abandona a la amante vieja, pero a la esposa, la legítima, la sacratísima, no la abandona nunca.

ANTONIO

Quitáte la ropa, querida.

ARGENTINA

¿Qué? ¿Ahora querés? Hay que hacer las cosas cuando vos tenés ganas.

ANTONIO

Quiero, quiero.

ARGENTINA

Se te olvidó el bizcocho de limón.

ANTONIO

Quiero verte por última vez antes de irme.

ARGENTINA

*(Queda en ropa interior)*. Qué gusto hacerme desnudar con el frío que hace a esta hora.

ANTONIO

Qué lindo, querida mía, me voy a llevar la imagen de tu cuerpo desnudo cuando me vaya.

Pegada acá, en el medio de la frente.

ARGENTINA

¿Tan pronto te tenés que ir...? Ni llegaste que...

ANTONIO

Sí. Cuando no son los negocios los que te llaman, es... La primera vez que te vi desnuda, te dije...

LOS DOS

Es el cuerpo de mujer más lindo que vi en mi vida.

ARGENTINA

Era mentira.

ANTONIO

Era verdad.

*ARGENTINA lo besa.*

ARGENTINA

Quedáte Antonio. Por una vez que te lo pido.

ANTONIO

No puedo; ¡los imponderables! Te vas a consolar mañana cuando lo veas a don Pedro con un susto de muerte, venir a anunciarte el vino que nos tomamos. Vos decile que es la videncia de los borrachos...!

*ANTONIO comienza a vestirse.*

ANTONIO

Vos sabés, Argentina, si yo no te quisiera tanto, yo no hubiera venido. No ahora, nunca hubiera venido. No me hubiera quedado, no habría vuelto. Porque vos no me lo vas a creer; tenés el vicio de no creerme nada. Pero la verdad es que yo nunca quise a una mujer como te quise a vos. Mi compañera, mi ilusión eras vos. Marga era, es...

ARGENTINA

Marga es tu esposa.

ANTONIO

Eso, exacto.

ARGENTINA

¡Me cago en Dios con tu esposa...!

*ANTONIO se para delante de la cama, se desvanece. ARGENTINA se despierta sobresaltada en la cama, chilla.*

ARGENTINA

¡Antonio!

*Fin de Escena 6*

## ESCENA 7

*Una salita muy modesta, muebles de campo. ARGENTINA abre de repente la puerta; entra ORLANDO, vacilante.*

ORLANDO

No sonó el timbre... Oí el runrún del coche.

ARGENTINA

Lo estaba esperando.

ORLANDO

Usted ya lo sabe... falleció...

ARGENTINA

Se vino a despedir de mí, en un sueño. ¿No piensan bajar?

ORLANDO

Están un poco trastornados. Imagínese, ¡tantos cambios en tan poco tiempo! Por eso me mandan a mí.

ARGENTINA

Usted el abogado de ellos, ¿de la firma?

ORLANDO

Yo soy el yerno de Don Antonio.

ARGENTINA

Si quiere, siéntese. No tengo nada para ofrecerle.

ORLANDO

*(Saca un pañuelo, se limpia el sudor).* Hace calor acá.

ARGENTINA

No, no hace.

ORLANDO

Don Antonio, papá le decía yo, me lo dijo a mí antes de morir. A ellos no, ellos no sabían nada. De usted, de ustedes.

ARGENTINA

¿Y usted les contó la verdad porque se cree en el derecho de tramitar mi parte de la herencia, la de mis chicos, y cobrarme una comisión?

ORLANDO

Yo no sé si porque les tenía miedo o no los quería, que no les dijo la verdad. Porque a un moribundo se le perdona todo, bien los podría haber llamado a la cabecera de su lecho de muerto, a la piecera, mejor dicho y haberles confesado, contado, que usted existía y los chicos, sobre todo por los chiquitos...

ARGENTINA

A Antonio los chicos le importaban un comino.

ORLANDO

¿Está enojada?

ARGENTINA

¿Con usted?

ORLANDO

Con papá.

ARGENTINA

Sí. Desde hace tiempo.

ORLANDO

¿Lo quería mucho?

ARGENTINA

Sí.

*Va y trae una latita de conservas, vacía.*

ARGENTINA

Mire, acá hay plata. Cada vez que él venía ponía plata acá. Ponía un montón de plata; yo en ese sentido no me puedo quejar, él me cumplía. A veces, la plata venía con un mandadero desde Buenos Aires. Yo, si no hubiera sido porque necesitaba la plata, la quemaba. La quemaba, de verdad, yo no quiero nada de él.

ORLANDO

Ellos están muy preocupados por la herencia. La otra familia, la legítima.

ARGENTINA

Yo no quiero nada de lo que era de Antonio. No quiero nada de ellos.

ORLANDO

Tiene tres chicos, Argentina...

ARGENTINA

A usted le gustaría que yo les hiciera un daño, un agujero grandote. Lo disfrutaría.

ORLANDO

Mi mujer me puso en la calle apenas se enteró. Tengo un cheque que me firmó papá antes de morir; un cheque en blanco, al portador. El sabía que en cuanto yo les contara de su otra vida, ésta, y conste que digo otra vida para que sea más fácil comunicarnos entre usted y yo, pero capaz que esta era más luminosa que la legítima; digo, cuando me lo dijo en su lecho de muerte, él supo que los chacales de su familia no me iban a dejar vivir en paz y me firmó el cheque. Todo para mí, en blanco.

ARGENTINA

El mayorcito no es de él; pero él lo reconoció igual. Cuando nació le puse Víctor; me gusta el nombre Víctor, como suena, y para que le fuera bien en la vida. Pero después apareció Antonio, lo adoptó, que se dice, y entonces me dijo que le ponga Santos de nombre y le puse Santos. Santos también es un lindo nombre, pero a mí ni fu ni fa. Yo estaba con el chiquito en el parador de Areco, el de don Pedro. Cuando vino para aquí, pasó por el parador; se apeó a lo mejor... (*Un silencio*). No se apeó. Como sea, yo estaba con Víctor en ese tiempo, paramos ahí porque lo llevaba al doctor, al hospital en el pueblo. Un hospital chiquito, de pueblo. Apenas si lo salvan a uno de la muerte... ¿Me sigue?

ORLANDO

Me quedé pensado. ¿¡Que sería una vida ilegítima!?

ARGENTINA

Tenía una gripe en ese entonces aun Víctor pero yo estaba muy asustada, porque pensé que eran las meningitis. Meningitis. Eso es tremendo para los chicos. Justo se detiene Antonio en el parador a cargar nafta y me vio afligida, me preguntó que necesitaba. El era muy amable...

ORLANDO

(*Colgado de su razonamiento anterior*). Qué chuscas son las palabras.

ARGENTINA

Especialmente con las mujeres era amable. Me alcanzó al hospital, porque no había remises, me pagó el hospital, los remedios. Fue a la carnicería y compró dos kilos de carne. Nalga, tapa de asado, no me acuerdo qué cortes eran. Me dijo: Usted capaz quiere que la corteje con flores y con bombones. Pero usted necesita carne para usted y para su hijito. Carne y caldo. Después se acostó conmigo.

ORLANDO

El abogado de la casa confeccionó un papel. Usted tendría que leerlo y ver si le conviene, Argentina. También un contrato de...

ARGENTINA

Antes de irse me dijo: Hay dos clases de hombres. El que tiene a una mujer como a una muñequita de lujo y el que le llena la heladera todos los viernes después de ir al supermercado. ¿Usted cuál quiere para su cama y para su vida? Me trató de usted hasta que nació el primer hijo nuestro. Era raro, pero me gustaba. Era respetuoso; yo pensé que cuando nos naciera el nene le diría a esa ristra de asquerosos que tiene por hijos que yo existía, que yo estaba en su vida, que existíamos. Después pensé que con el segundo hijo...

ORLANDO

Yo algo le puedo explicar de la escritura. Sino puede ir usted misma al despacho del escribano.

ARGENTINA

Al final me hice ligar las trompas; era más seguro.

ORLANDO

Leálo.

*ARGENTINA toma el papel, él va hacia la ventana la abre. Respira.*

*ARGENTINA tarda mucho, se enjuga las lágrimas.*

*Afuera suena una bocina.*

ARGENTINA

Están apurados.  
ORLANDO  
No haga caso.  
ARGENTINA  
No entiendo mucho.

*Otro bocinazo.*

ARGENTINA  
¿Está la esposa en el coche?  
ORLANDO  
Sí.  
ARGENTINA  
¿A qué vino ella? Este es mi territorio; yo nunca fui a su casa.  
ORLANDO  
¿Le parece bien el trato? ¿Le parece justo?  
ARGENTINA  
Justo sería que yo me instale en la mansión.  
ORLANDO

...

ARGENTINA  
Y que me pueda dar el gusto de echarla a ella patadas de ahí. O peor: que ella venga a vivir acá. Que ella críe mis hijos y no yo. Que mí me dejen una vida regalada. Que no tenga que mover un dedo.

ORLANDO  
El abogado de la familia le ofrece un fondo fiducitario para que sus hijos puedan costearse la universidad.

ARGENTINA  
Los cavernícolas no van a la universidad.

ORLANDO  
Tiene una quinta allá.

ARGENTINA  
Tomates.

ORLANDO  
¿Sabe que esta propiedad está a nombre de papá?

ARGENTINA

...

ORLANDO  
Don Antonio.

ARGENTINA  
¿Me la quieren sacar?

ORLANDO  
La ceden para usted; la familia digo, la cede.

ARGENTINA  
Les doy lástima.

ORLANDO

Creen que es muy suya.

ARGENTINA

Me hacen una caridad.

ORLANDO

...

ARGENTINA

¿Entonces qué me piden a cambio?

ORLANDO

(*Desolado*). La nena.

ARGENTINA

¿Pensé que me iban a pedir que no les pisara la fábrica, la casa?

ORLANDO

Eso también.

ARGENTINA

¿Para qué quieren la nena?

ORLANDO

Rosa, ella quiere. La hija de papá, de Don Antonio. La quiere porque no puede tener hijos y así sería una hija suya. Tanto fumar, tomar pastillas, la secaron, y la familia que tiene, don Antonio y doña Marga, doña Marga sobre todo que la maltratan. Cuando nos casamos teníamos el plan de tener seis chicos, ¡seis!, y después, al año, ella me dijo: “Mejor que sean cuatro, Lando, o tres”; y a lo último no vino ni medio. Ni uno quiero decir. Por eso le pide la nena a usted. Al fin y al cabo, la nena y mi esposa son de la misma sangre.

ARGENTINA

¿Cómo se figura que le voy a dar mi hija? Antonio no hablaba bien de ninguno de sus dos hijos de allá. Y además, ¿no dice usted que ella lo echó, que no lo quiere más? ¿Qué se supone, que la va a criar sola?

ORLANDO

Me dijo que si yo conseguía que usted le diera la nena, ella me volvía a aceptar. Por eso, para mí es muy importante, Argentina, que usted quiera. La nena va a vivir en un lecho de rosas con nosotros. Ya vé usted que yo soy muy manso; si no lo fuera, no me hubieran mandado a mí a negociar con usted. Ellos son un ható de demonios pero yo... Yo le voy a cuidar la nena como si fuera mía. ¿Papá nunca le habló de mí?

ARGENTINA

Creo que sí. Usted debe ser el imbécil.

ORLANDO

Sí, el imbécil de la familia. Ese soy yo.

ARGENTINA

Le hace gracia.

ORLANDO

No me avergüenzo; yo creo que la verdad es una virtud en sí misma. No le mentí nunca a nadie. Ojo, que no le quito mérito a los mentirosos, porque hay que tener ingenio, coraje, muchas facultades para mentir. Yo soy una nulidad en el comercio, por ejemplo, porque no sé decir lo que no es. Si tengo que vender un producto, una licuadora, por ejemplo, y la licuadora es una porquería, yo no sabría insistirle al cliente para que la compre. Yo no puedo eso. Hubiera tenido que ser sacerdote; tanta vocación de verdad que tengo. ¿Sabe que lo pensé? Pero me dije si el día de mañana, yo pierdo la fe, que es una cosa que pasa

con frecuencia en la religión, ya vio, la religión no es un capital que se amontona y crece, la religión es un sentimiento, y si yo pierdo ese sentimiento, ¿cómo cuernos hago para impartir los sacramentos? Para bautizar, confesar... ¡casar a la gente, darle la extremaunción...! Ya vé, soy un imbécil: tampoco hubiera servido para eso.

ARGENTINA

Cierre la ventana.

ORLANDO

*(Sin moverse)*. ¿Cuántos años tiene la nenita?

ARGENTINA

Siete.

ORLANDO

Qué hermosa edad.

ARGENTINA

Cierro; entra frío.

ORLANDO

Yo tengo el cheque en blanco, Argentina. Ese cheque es para usted.

ARGENTINA

Me estoy helando.

ORLANDO

Le pone la cifra que usted quiere. La pensión y el fondo que le ofrece la familia lo reparte entre sus dos hijos. Y usted, tiene que pensar en usted misma. Mire, yo no soy mujer, pero cualquier mujer le aconsejaría que cuando se termina un hombre, no se termina la vida. Usted puede querer viajar, ampliar sus horizontes. Puede querer estudiar una carrera, enfermería. O ponerse un negocio, una peluquería. Yo le facilito el cheque y usted usa ese cheque para pensar en usted misma.

ARGENTINA

Antonio no estaría de acuerdo en...

ORLANDO

Y quién sabe si el día de mañana, usted es una mujer joven todavía, no puede rehacer su vida, encontrar otro compañero...

ARGENTINA

¿Me está pidiendo que le venda a mi hija?

*ARGENTINA va hacia la ventana y la cierra.*

ORLANDO

No.

ARGENTINA

Me está pidiendo que le venda mi hija.

ORLANDO

Ya le dije que no. Pero si gusta llamarlo así, llámelo así.

ARGENTINA

Venderle a la Rosana.

ORLANDO

(*Saca de su chaqueta el cheque*). Mire, dese cuenta. Acá lo tiene; es completamente legal.  
¿Lo está viendo?

ARGENTINA

La criatura va a sufrir. Aunque tenga un buen pasar con ustedes, va a sufrir.

ORLANDO

¿Cada cuánto quiere verla usted? Me comprometo a traerle la nena cuantas veces quiera. Hasta que ella se acostumbre a la ciudad, a nosotros, se adapte.

ARGENTINA

Me olvide.

ORLANDO

Eso no sería posible. La seguimos llamando Rosana si a usted le gusta. Mi mujer hizo una lista con nombres, Brenda, Bárbara, Lourdes, yo qué sé... Le podemos llamar Bárbara o Lourdes, pero de cariño, entre nosotros. En los papeles seguirá siendo Rosana, la que usted quiera.

ARGENTINA

¿Lourdes?

ORLANDO

Rosita es devota de la virgen de Lourdes.

ARGENTINA

¿Cómo podría hacer yo para que mi hijo vuelva a ser Víctor?

ORLANDO

No sé.

*ARGENTINA toma los papeles, va firmando. Después, el contrato. Y a lo último, el cheque. Firma todo, absorta en su pensamiento.*

ORLANDO

La puedo conectar con un abogado.

ARGENTINA

Yo no sé si en el Registro Civil uno puede tener un nombre, después otro... Porque al final, ¿quién es uno? ¿cuál es la verdad?

ORLANDO

Un abogado puede resolver esas cosas. Ellos pueden con todo, Argentina.

*ORLANDO toma los papeles de ARGENTINA. Ella le estrecha la mano, como si hubieran hecho un negocio.*

*Oscuro.*

## ESCENA 8

*En un escenario de Nápoles en la postguerra. Antonio y Bimba caminan entre ruinas.*

MADRE

Dentro de cinco meses, Nápoles va a desaparecer. Ya tuvimos suerte una vez, dos veces. Pero esta vez se termina, no habrá Madonna que lo salve. El olor a azufre que está en el aire me lo dice. ¿Lo olés?

ANTONIO

No.

MADRE

Claro estás acostumbrado a respirar el hollín de América.

ANTONIO

Yo vivo en Buenos Aires. Usted porque se quedó en el puerto, sino...

MADRE

Saqué un pañuelito blanco y te saludé. Era de día, volaban las gaviotas. Estuvo largo para zarpar el barco. Yo seguía saludándote Chau, Antonio. Chau, hijo querido. Me vino un calambre en el brazo, pero no bajé el brazo, seguí arriba con el saludo. Sonó la sirena y yo gritaba más fuerte: Chau, Antonio. Chau, hijo, nos reencontraremos en la muerte.

ANTONIO

Yo estaba en la borda, le hacía adiós.

MADRE

No escuchabas ni una palabra.

ANTONIO

Addio, mamma. Así le hacía, hasta que el barco zarpó y tío me pegó un bofetón por flojo y afeminado y me metió para adentro.

MADRE

Linda porquería tu tío.

ANTONIO

Pero yo pensaba volver a buscarla...

MADRE

Creí que me moría. Te juro, Antonio, que cuando el barco se alejó del puerto, me temblaron las rodillas y caí en el suelo. Vos sabés que no me podía levantar y lo único que pensaba, mísera de mí, era: Ojalá se me acerque un señor bien puesto y me ayude a levantarme y me haga el amor. Así yo enamorada no pienso nada, se me van los pensamientos... Que me compre vestidos y cosas bonitas...

ANTONIO

Durante dos meses no pensé en otra cosa que juntar plata para buscarla.

MADRE

Pero no vino nadie y me tuve que levantar.

ANTONIO

Hasta que me llegó la carta.

MADRE

Parece que el calambre en el brazo era el corazón. No tarda en morirme.

ANTONIO

Perdí el gusto de querer volver cuando la leí.

MADRE

Las comadres de Pozzuoli creían que me fui de pena por la ausencia el hijo.

ANTONIO

Me quedó el hábito de trabajar mucho. Para olvidar...

MADRE

¡Las comadres me vistieron como a una reina! Me pusieron el vestido de novia de Adelasia, esa que de desesperación en la guerra se tiró al mar... La madre quiso vender el vestido a otra prometida y cada vez que le daban unos billetes, la novia se moría la noche anterior o se fugaba con algún truhán que no era el novio. La madre de Adelasia tuvo la idea de cortar la maldición y ponerle el vestido a una muerta. Tenía perlas, canutillos. Decí que estaba muerta y tan flaca que sino hubiera estado contenta. Ojo, que una me robó un par de zapatos. La alegría no puede ser completa.

ANTONIO

Me vino un hábito nuevo: hacer plata.

MADRE

*(Resignada)*. El escándalo es la vida.

ANTONIO

Otro juega al ping pong. Yo hacía plata; la guardaba en un hueco en la pared. Tío me dijo un día: no seamos tan tozudos, guardemos la plata en el banco. Así empecé.

MADRE

Mira, esa de ahí es la tumba de Virgilio. Después vamos por los lagos.

ANTONIO

¿Hay que andar mucho, mamma?

MADRE

¿Qué apuro tenés, Antonio? Adonde vas no nos espera nadie y de donde te fuiste nadie te echa de menos. Bordeamos el Averno, Lecrino y Fusaro. Ahí se querés paramos y nos comemos unas ostras, ¡qué ostras, santa madona!, las mejores ostras del mundo y no soy yo la que lo dice sino los autores antiguos.

ANTONIO

Las únicas ostras que comí fue en recepciones, embajadas, hoteles de lujo.

MADRE

Sacátelo de la cabeza, esas no eran ostras. Las de Fusaro, ¡ah, Fusaro!, nos hacemos un momentito antes de la Gruta del Perro y de la Solfatara, que el final de nuestro camino. En los puestitos de ostras de Fusaro no se asombran de ninguno que se detenga; ellos le sirven ostras a cualquier viandante, ¡basta con que pague! A estos aunque vos te les pongas de rodillas y le digan: Huya, buena gente, huya! En cinco meses erupcionará el Vesubio y no quedará ninguno; los dejarán a todos la lava y los gases culo para arriba. Les digas lo que les digas, no les metes miedo. Ellos están ahí con sus puestitos, con sus ostras... El fin del mundo es un problema para los ricos y para las solteronas que nunca gozaron de... vos sabés.

ANTONIO

¿Irá a desaparecer Buenos Aires?

MADRE

¿Ah, y qué importa? Fijáte en los bolsillos, Antonio, si tenés plata... Vos debés tener dos monedas en los bolsillos del saco, ¿las tenés? Ah, qué alivio; todos los muertos llevamos dos monedas porque antes se creía que eran para pagar al barquero que te cruza al reino de los muertos. La gente es muy supersticiosa; la superstición es algo que no podés impedir. ¡¡Las dos monedas son para las ostras!! El lago Fusaro, antes se llamaba Leteo, que era el agua de olvido. En la época de Dante y de Virgilio y todos ellos; y yo no te digo que el olvido sea lindo, que el olvido sea una cosa buena. Pero hay que tomar un traguito, hacéle caso a tu madre.

ANTONIO

Me pesa en el corazón haberme muerto.

MADRE

(*Bufo*). Antonio, te pesa haberles dicho la verdad a los infelices de tu casa. A ellos, la verdad no les importa. ¿Qué? ¿Te vas a poner a llorar? Ni dos lágrimas largaste cuando te llegó la carta que yo estaba muerta. Una lágrima, dos lágrimas. ¿Vas a llorar por estos puercos?

ANTONIO

Creí que cumplía con mi deber diciendo la verdad a último momento.

MADRE

(*Fastidiada*). ¡Pero va, Antonio! La verdad no le sirve a nadie.

ANTONIO

Capaz me odien después de...

MADRE

Estás haciendo novela, Antonio. Y novelistas buenos después de Lamartine no hubo ninguno que escribió la historia de Graziella, ¡ah, qué historia romántica, qué historia de amor! Ya no se escriben esas historias románticas, porque nadie vive historias de amores grandes. Ahora todo es la plata, la plata, ¡y desde que está el divorcio...! Ya nadie quiere como se quería antes, acá, donde estamos parados... No, más allá, está la península de Sorrento y fue cuando Lamartine estaba parado ahí, en la península de Sorrento, que puso en el libro: “Ver Nápoles y después morir”.

ANTONIO

Pero de donde estamos vemos Sorrento.

MADRE

Usá la fantasía, Antonio. Lamartine está allá y acá estamos nosotros.

ANTONIO

Ver Nápoles y después morir.

MADRE

Un poeta.

ANTONIO

Si usted lo dice.

MADRE

Yo nunca te traje antes por acá, porque esto me lo dejaba para la muerte. Lo bueno que tuvo la muerte, hijo, es que nos encontramos. ¿No estás contento? ¿No te pone contento?

ANTONIO

...

MADRE

Ah, ya sé. Estás con esa culpa.

ANTONIO

...

MADRE

La verdad le sirve solamente a uno, Antonio. A los demás no le sirve.

ANTONIO

...

*ANTONIO se sienta en una piedra y llora. Ella de pie, le acaricia los cabellos.*

**MADRE**

Vos, dentro de la mala suerte que tuviste, tuviste la suerte de no tener hermanos más grandes. Pero ojalá me puedas entender igual el ejemplo, la enseñanza que te voy a dar. Los hermanos más chicos siempre se tienen que poner la ropa del más grande. Heredan la ropa del más grande, porque no hay plata para comprarle ropa nueva al más chico. La verdad es como la ropa del hermano más grande. El hermano chico no está agradecido de heredar ropa usada por otro y hasta remendada... Y el hermano no puede remediar el disgusto del chico, a menos que sea matándose, quitándose del camino... Cosa que no debe hacerse porque si no en este mundo no habría hermanos grandes, primogénitos que se dice. Vení, por allá venden las ostras...

*La MADRE lo toma del bracete y medio rengueando van a hacia una chabolita que se ve al fondo.*

**MADRE**

No pidas la salsa picante. Te va a doler el estómago todo el viaje. Pedí un vasito del vino de Capri que venden. Podemos comprar unos higos para el resto del camino; ahora los higos que venden vienen de Isquia, crecen ahí, maduran hay, hasta hay secaderos de higos. Pero antes, cuando yo era chica y antes de eso, los higos los traían de Esmirna. Los paisanos tenían que negociar con los turcos por los higos, ¡y se armaban una de líos, unas greacas! Haciendo memoria de estas cosas, del pasado, me acordé el otro día lo que me preguntaste, Antonio. Félix, era el nombre de tu padre. Félix, Félix. Félix, pero el apellido por más que busco acá dentro no me acuerdo. Y siento que lo tengo en la punta de la lengua, ¡eh! Pero no quiere salir el apellido. Vos que investigaste, encontraste el apellido...?

**ANTONIO**

No, no estoy seguro. Biedelmayer, Bietelmatter... Una cosa así.

**MADRE**

No, Biedelmayer, Bietel, no. Me acordaría. ¡Qué chusca es la memoria! Siempre haciéndome jugarretas. Y eso que del río del olvido, yo apenas si eché un traguito...

**ANTONIO**

¿Usted quiere dos raciones de ostras?

**MADRE**

Pedilas, pedí dos. ¡Pero que va, que de indigestión no nos vamos a morir...!

*Oscuro*

**FIN**

**Patricia Suárez**

**Correo electrónico: cazadoraoculta@gmail.com**

Edición a cargo de Ana Laura Pace  
Correo electrónico: [analaupace@gmail.com](mailto:analaupace@gmail.com)

Todos los derechos reservados  
Buenos Aires. (2025)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires.  
Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)  
Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)